

Cuadernos del Sur

Año 16 - Nº 30

Julio del 2000

Tierra  fuego
del

La revolución como motor

*Sin una memoria del pasado no se puede tener un sueño de futuro.
Pero las revoluciones del siglo XXI serán nuevas
y maravillosamente imprevisibles.*

Michael Löwy

Para los astrónomos, después de 1727, la “revolución” es la rotación de un cuerpo alrededor de su eje. Desde el punto de vista socialista, revolución significa exactamente lo contrario: interrumpir el curso monótono de esta pseudo civilización capitalista occidental en torno de si misma, quebrar este eje de una vez por todas y abrir la posibilidad de otro movimiento, de un movimiento más libre, más armonioso, de una civilización comunista libertaria de “atracción apasionada” (Fourier), de una realización efectiva de promesa utópica que contemple las palabras Democracia e Igualdad.

La idea marxista de revolución se caracteriza antes que nada por su carácter radicalmente democrático y antiautoritario. En tanto los socialistas utópicos y los primeros comunistas (discípulos de Babeuf), que se reclamaban del materialismo histórico (los

hombres son producto de sus circunstancias), encargaban a un déspota esclarecido, o a una minoría revolucionaria, cambiar las circunstancias y liberar a las personas del oscurantismo, Marx se situó en un terreno filosófico y político muy diferente. A través de su ruptura con las premisas del materialismo mecánico, el formuló el germen de una nueva filosofía y, al mismo tiempo, los fundamentos metodológicos para una nueva teoría de la revolución.

Rechazando al mismo tiempo el viejo materialismo mecanicista (cambia las circunstancias para cambiar al ser humano) y el idealismo neohegeliano (liberar a la conciencia humana para cambiar la sociedad), Marx cortó, con su filosofía de la praxis, el nudo gordiano ideológico de la época, proclamando que en la praxis revolucionaria los



cambios de las circunstancias coinciden con la transformación de la conciencia de los seres humanos.

Ningún tribuno, ningún César

Desde ahí desenvuelve, con rigor y coherencia su nueva concepción de la revolución, presentada por primera vez en *La ideología alemana*: es a través de su propia experiencia, en el curso de su propia praxis revolucionaria, que los explotados y oprimidos pueden quebrar al mismo tiempo las “circunstancias” sociales que los aprisionan -el Capital, el Estado- y su mistificada conciencia anterior. En otras palabras: no existe otra forma de emancipación auténtica que no sea la autoemancipación. Como escribiera más tarde Marx en el *Manifiesto inaugural de la Primera internacional* (1864): “La emancipación de los trabajadores será obra de los trabajadores mismos”.

En el marco de esta visión de revolución -que dice respetar, claro no solamente la “toma del poder”, sino todo un período histórico de transformación social ininterrumpida- no hay lugar para cualquier déspota ilustrado, individual o colectivo. Los antecedentes del culto al jefe -Stalin, Mao, Kim-Il-Sung, Ceausescu y

otros- deben ser buscados antes en la historia de las religiones o en las costumbres del despotismo oriental -bizantino o asiático- que en el pensamiento del autor de el *Manifiesto comunista*.

En el curso del siglo XX, después del gran momento insurreccional de 1917-23, la concepción marxista de revolución autoemancipatoria fue reemplazada, en la ideología de la izquierda realmente existente, por una suerte de automatismo del progreso, compartido por el estalinismo y la socialdemocracia, el socialismo era inevitable, corría el tren de la historia, era suficiente nadar a favor de la corriente. Su victoria estaba asegurada: según unos por la productividad creciente de las fábricas soviéticas y según otros por la acumulación de reformas sociales en Europa occidental.

Hoy, todo ha cambiado, hay un gran consenso dominante: el progreso apenas puede ser realizado en el horizonte inalterable del orden burgués. ¿En estas condiciones, la idea de revolución es todavía actual? ¿No se trata de una pieza de museo, o de una ilusión que nosotros amamos mucho? (título de un libro muy celebrado por los ex 68 que “sentaron cabeza”).

¿Renunciar a los cambios?

Se nos explica que el capitalismo -liberal, democrático, moderno, etc.- es el fin de la historia, la etapa final de la humanidad, la “estación terminal” donde todo el mundo debe descender del tren. ¿Y si el tren continúa rodando, derecho hacia el abismo, la catástrofe, la ruptura del equilibrio ecológico y la extinción de la vida sobre el planeta? Walter Benjamín escribió en 1940 que la revolución era el gesto salvador de la humanidad que accionaba los frenos de emergencia en un tren, el capitalismo, que corría hacia el precipicio.

Nos explican que no existe alternativa al capitalismo, que toda búsqueda de otro camino conduce al totalitarismo, o que es una ilusión, una utopía, un sueño romántico, un anacronismo fuera de moda. ¿Se debe pues renunciar a toda esperanza de cambio? Uno se acuerda del célebre slogan de Margaret Thatcher: “No hay alternativa”. Es este, con pocos cambios, el argumento central actual de la socialdemocracia. El reformismo cambió profundamente la naturaleza de las cosas en los últimos decenios: en su forma socialdemocrática clásica, pretendía suprimir al capitalismo por una sucesión de reformas decretadas por el Parlamento. Hoy, con el

socialliberalismo, que encuentra en la “Tercera vía” de Blair y en el “Nuevo centro” de Schröder sus formas más cínicas (aunque las diferencias con otros partidos son más que nada semánticas), no se trata de un camino reformista hacia el socialismo, sino de un cortejo social del neoliberalismo, de la introducción de algún “alma social” en el capitalismo -ciertamente un término reemplazado por el eufemismo “economía de mercado” - decretado eterno.

La aspiración revolucionaria no es un sueño: se apoya en las contradicciones del sistema, en los conflictos de clases, en los intereses de los oprimidos y sobre todo en un análisis lúcido de la realidad, que nos muestra que la “prosperidad” prometida por el sistema capitalista mundial es necesariamente un privilegio de una elite cada vez menor. Los países del Sur no podrán jamás alcanzar al Norte capitalista avanzado, tanto porque el sistema capitalista dominante desde hace un siglo no permite el avance de otras naciones, tanto porque la generalización del modo de producción y de consumo de



Occidente es imposible por razones ecológicas evidentes. Más allá de esto, en los propios países del Norte el número de excluidos (pobres, desempleados, precarizados, inmigrantes) no deja de crecer, mientras que los economistas explican que el pleno empleo no retornará jamás.

No hay lugar para mucho optimismo: la apuesta revolucionaria, el combate por una nueva sociedad, por una cultura solidaria, fraternal, de esperanza, contra la cultura capitalista del egoísmo individualista y de la muerte, choca con obstáculos considerables, de los cuales no es el menor la decepción causada por el colapso de los pretendidos socialismos reales.

Sin embargo, acontecimientos como la sublevación zapatista de 1994, o el gran movimiento social de 1995 en Francia, la reciente movilización internacional contra la OMC en Seattle, entre otros, muestran que la aspiración de un cambio de paradigma existe. Pero

este cambio y la realización de las ideas libertarias, igualitarias y democráticas comunes al socialismo, al movimiento de emancipación de las mujeres y al de la ecología social, no pueden ser efectivizadas sin atacar de raíz la ley del lucro, la explotación capitalista, el imperialismo, el poder de clase del gran capital. Esto es, sin una revolución.

La revolución social, escribía Marx en el *Dieciocho Brumario*, no toma su poesía del pasado sino del futuro. El estaba tan equivocado como certero. Equivocado en la medida en que el recuerdo de los grandes momentos revolucionarios del último siglo - Petrogrado 1917, Budapest y Munich 1919, Barcelona 1936, La Habana 1959, Saigón 1975, Managua 1979, Chiapas 1994 - continúa siendo indispensable. Sin una memoria colectiva del pasado, no se puede tener el sueño del futuro. En lo cierto porque las revoluciones del siglo XXI serán nuevas y maravillosamente imprevisibles.